



los relatos de calibre ⚡38

PEREZA

© Agustín García Meana

“Los crímenes ocurren, López. Nada podemos hacer para impedirlo. Son los vicios, inherentes al ser humano, quienes los causan. Dice la Biblia que Dios creó al Hombre a su imagen y semejanza. Después va y nos suelta aquello de que ese Dios es la representación misma de la Virtud. Una mentira, López, pues no encaja dentro de los esquemas lógicos que un ser perfecto cree a otro imperfecto. Y nosotros lo somos, López, somos imperfectos, somos seres viciados. Pero mira tú, Dios es un cuento, un cuento ideado por la misma mente ególatra que después discurre haber sido creado a imagen y semejanza de un ser superior. Ah, coño, ¡que somos superiores, López! ¡Con dos cojones, sí señor! Ya puestos a ser creados a imagen y semejanza de algo, coño, que sea de un ser superior”.

A veces, a los borrachos les da por filosofar. La lengua del comisario siempre se suelta al tercer whisky. Al quinto, la cabeza del viejo Hernández se desplomará sobre la barra, vencida por el alcohol. Entonces López saldrá del bar, del mismo bar de todos los viernes desde hace ocho meses, desde el día que la señora Hernández decidió dejar de ser señora del comisario e irse con su hija. “Pobre yerno”, piensa López.

Y llegó el quinto whisky. En la calle el inspector da fuego a un *Ducados* y se dedica a consumirlo calada tras calada, sin prisas, o sin más prisas que las inducidas por la climatología porque, coño, la noche refresca. Así, entre bocanada y bocanada de humo, maldice López a esos políticos progres que han discurrido la *jodida ley antitabaco*: “Venga, con dos cojones, a fumar a la puta calle”; y después otra calada. Arrojada la colilla a la calzada, regresa al bar, se sienta en un taburete al pie de su comisario, y aguarda; no tiene un plan mejor para este viernes; en realidad, nunca tiene un plan mejor sea cual sea el día de la semana.

Y suena el móvil.

A veces ocurre que incluso en las ciudades tranquilas suceden cosas. Incluso en los barrios obreros. Incluso en aquel mismo barrio en el que López ha nacido, cincuenta y tantos años atrás. Cómo ha cambiado el barrio. Porque ha cambiado hasta el punto de que el mismo López es incapaz de reconocerlo, hasta el punto de llegar a desorientarse y no saber cómo salir de él. Sí, le ocurrió un día; se sintió estúpido preguntando a unos quinceañeros.

Los edificios de la Obra Sindical del Hogar, recuerdo de un tiempo pasado, un tiempo mejor, un tiempo en el que jugar al fútbol en la calle era posible; años de infancia, años de competiciones de chapas sobre los bordillos de las aceras. Las fachadas de hormigón y ladrillo visto parecen, sin embargo, ajenas al progreso; construidas a finales de los cincuenta, en la

periferia sur de la ciudad de López, o de cualquier otra, porque a los obreros y a las clases sociales más bajas los alojaban bien al sur; jodido sur. Pero incluso en estos edificios pueden ocurrir cosas, y la puñetera casualidad ha querido que sea en el mismo edificio que vio crecer a López.

Pasadas las dos de la madrugada el inspector estaciona su *Renault 19* un par de calles más abajo. Un vecino telefoneó al 112 alarmado por el hedor que salía de uno de los pisos y por el tiempo, demasiado, que llevaban sin ver a su inquilino, un hombre que vivía solo. Uno más uno, dos; pero en ciertas circunstancias hay que cumplir con el protocolo. Así que ahí está López, caminando por uno de los jardines interiores de la barriada, resignado, la misma resignación con la que ha prendido un cigarrillo y echado la primera calada. Ya próximo al portal custodiado por dos agentes de uniforme, se pregunta por qué coño aquel vecino no habrá podido esperar a la mañana del día siguiente; total, seguro que ese “tiempo sin verle” eran más de tres o cuatro días, o una semana, así que unas horas más no variarían el resultado. Se habría hartado, y lo habría hecho aquella noche, y cuando uno se harta actúa sin reflexionar; a López, esta le parece una buena explicación.

El procedimiento, siempre el procedimiento. Y las mismas preguntas, siempre las mismas preguntas. Y los vecinos, siempre los vecinos, carcomidos por una simbiosis de morbo y curiosidad;

en el portal, en las escaleras, en el rellano. López les va saludando uno a uno por sus nombres; y llamaría también al muerto por el suyo, si el muerto le pudiese escuchar: “¿Qué hay, Francisco? Cuánto tiempo sin verte”. “Pues ya ve, inspector, aquí estoy, en pelota, muerto sobre el colchón de mi cama”.

Primero izquierda. Francisco vive en el primero izquierda desde hace veinte años. López lo hizo en el tercero derecha, hasta que sacó la plaza de policía y entonces se fue de la ciudad con la promesa de volver. Y volvió. Diez años hace de su regreso convertido en un experimentado inspector de Policía. ¿Experimentado? Cabroncete más bien, diría López, pues según cómo se viven los años, la experiencia no te vuelve sabio, sino cabrón.

A Francisco lo conoce de sus visitas al barrio. Porque López no ha vuelto a vivir en aquel tercero derecha -a la muerte de sus padres, alguien vendió el piso-, pero como la nostalgia siempre tira, suele pasarse por el barrio, por saludar a aquellos con los que compartió veinte años de su vida. Y así, se toma unos vinos en el bar, o se deja caer por fruterías, carnicerías y pescaderías, por saber de qué se habla, por rememorar viejas conversaciones de tienda. Pero el barrio ya no es el mismo, ni siquiera en esto. Ya no están los ultramarinos en los que su madre invertía media mañana para comprar una barra de pan y doscientos gramos de chorizo; ya no está aquella mujer sentada en una silla, siempre dispuesta a

cederte el turno, receptora y emisora de cotilleos. Al menos, sigue el bar, con sus contertulios, la solución al paro en sus bocas y sabedores de la mejor selección para el Mundial de Brasil. Y en el bar es donde López trabó amistad con Francisco, un tipo solitario.

Y ahora la habitación de Francisco está atestada de gente. De gente que observa el cuerpo desnudo sobre el mugriento colchón. Un par de agentes de uniforme, el juez, el forense, el ayudante del forense, un compañero de la científica, y el inspector jefe, el mismo que acaba de recibir a López en el vestíbulo, después de que este lograse traspasar el cordón policial a base de mostrar su identificación. Todos ellos con mascarilla; un agente le ofreció una a López, pero López la rechazó; no es para tanto el olor, piensa, y detrás de aquellos papeles con una goma se respira mal; uno acaba agobiado por el calor de su propio aliento.

López se aproxima a la cama. Este debería de ser el foco del hedor que inunda el piso y se cuela por debajo de la puerta apesando el rellano de la escalera, pero no. La peste que despiden el cuerpo de Francisco, algo más de una semana muerto -calcula López-, la camufla el olor a basura rancia que invade el resto de habitaciones. También está el tufo del colchón sobre el que yace el hombre -unos ciento setenta kilos, sigue calculando el inspector-; olor a meados añejos y cagadas resecas. Y después el propio cuerpo, desnudo, tan solo cubierta una pierna por una sábana ennegrecida que en su día debió de ser blanca, con sus

lorzas de grasa, pliegues bajo los cuales se adivina la roña. El cuerpo por sí solo huele mal, así que la descomposición *post mortem* no hace más que agravar el hedor. López se pregunta si los gusanos que campan por nariz y boca, y que ya han hecho suyas las partes blandas del cuerpo, no procederán de los sobacos del hombre más que de la putrefacción interior.

Sale López del cuarto. En el pasillo se tropieza con un agente, el rostro descompuesto; no ha podido soportar el espectáculo; el inspector se pregunta en qué esquina de la casa habrá vomitado. López trata de animarlo con un gesto condescendiente y se aleja hacia la cocina; lleva en mente echar un vistazo a la casa.

Los vicios del Hombre. El comisario llevaba razón a pesar de la embriaguez. Jodidas mujeres. ¿Por qué coño aquella tenía que haber abandonado a Hernández? ¿Acaso le faltaba algo a la muy puta? No, si al final iba a estar en lo cierto el *Tirillas*, en aquello de que las tías solo sirven para follar; jodido *Tirillas*, mira que ir a morirse de una sobredosis. Lástima de comisario, lástima de hombre, que una esposa desagradecida le hiciese caer en el alcohol al bueno de Hernández. Pero el caso es que el comisario llevaba razón en su reflexión sobre los crímenes y los vicios del Hombre. Todo esto piensa López cuando entra en la cocina.

Un rápido cálculo mental le lleva a concluir que hace un año que no veía a Francisco. Y en un año, el solterón, que vivía en el piso que fue de su madre viuda, habría engordado unos cincuenta

kilos. Siempre fue bastante dejado pero, a raíz de lo que López acaba de descubrir en la habitación, el abandono se agravó durante los últimos meses.

La cocina conserva los viejos muebles de formica, a juego con la mesa y las sillas. La nevera, blanco amarillento, con un frutero vacío sobre ella. El reloj colgado de la pared, detenido a las cinco y cuarto de quién sabe qué día. El viejo calentador de gas sobre el fregadero. La cocina de carbón, aún perdura la cocina de carbón. Y los dos fogones de gas. La bombona de butano estará detrás de alguna de las puertas del armario, junto al fregadero, seguro. Pero López no se ocupa de buscarla. Para qué, esto tan solo es una suposición banal, sin más, un juego deductivo a modo de pasatiempo. La vajilla sucia acumulada sobre la encimera y rebosando el fregadero. Le basta con abrir la nevera para corroborar sus sospechas sobre la dieta del difunto: comida basura.

Gira la cabeza hacia la mesa: un portátil, la pantalla abierta. La batería enchufada a la red. López mueve el ratón y el ordenador cobra vida. Una página de compras. López recuerda la historia de un japonés, un tipo cuya vida transcurría entre las cuatro paredes de su casa, enganchado a Internet; allí, en las quince pulgadas de su pantalla, cabía toda su vida. Mierda de red. El inspector abandona la cocina.

Llegan los de la funeraria. Se procedería al levantamiento del

cadáver. Ya habrán dictaminado, incluso, la causa de la muerte: parada cardiorrespiratoria. López concluiría que la patata no aguantó más aquella sedentaria forma de vida. Es más, sabe que Francisco acusaba de alguna otra enfermedad menor que podría haberse complicado. Dará otra vuelta por el piso, por tener algo con lo que rellenar el informe. Porque sí, por mucha parada cardiorrespiratoria que pudiese ser, habrá que llenar algún informe, seguro; jodido procedimiento.

El resto de la casa confirma las sospechas del inspector. La suciedad y la basura se han adueñado de cada uno de los rincones. Escucha a un agente comentar algo del síndrome de Diógenes. ¡Qué coño Diógenes! Esto no es ningún trastorno del comportamiento; esto, simplemente, es vagancia. Entonces López vuelve a recordar el discurso del comisario -los vicios del Hombre-, y concluye que quizás el peor de los crímenes no es el que otros cometan contra nosotros, sino el que una persona tiende a cometer contra sí misma. Francisco murió de pereza.

Agustín García Meana. Gijón, 1976. Cursó estudios de Diplomado en Ciencias Empresariales y, posteriormente, de Licenciado en Economía y Administración y Dirección de Empresas. Aficionado a la escritura desde niño, no es hasta hace un año y medio cuando decide presentar sus relatos a concursos y certámenes. Escribe aquello que le gustaría leer. En la actualidad se encuentra centrado en el género negro, los relatos y la participación en revistas literarias. Ha publicado las novelas Quinquis (Editorial Digital Cassandra21, 2013), Ciudad Capital (Amarante, 2014) y Nueve milímetros (Asesino a sueldo), así como varios relatos incluidos en diversas antologías. En 2014 tiene previsto publicar Carretera nacional.